

ARQUITECTURA

EN PASTO AYER Y HOY: CUATRO CITAS PARA UNA APROXIMACIÓN

Por: Jaime A. Fonseca G.

Docente adscrito al Departamento de Arquitectura, Facultad de Artes, Universidad de Nariño.

Osadamente me atrevería a decir que en Pasto la cultura espacial, la cultura arquitectónica, está desdibujada y subestimada. Así como no existe una cultura cinéfila, de personas acostumbradas a ver cine de calidad, a hablar, disfrutar y por ende solicitar o exigir buenas películas para ver, tampoco existe una cultura arquitectónica en el sentido de ver y disfrutar para poder hablar y causalmente exigir o hacer buena arquitectura. La relación se hace aquí, porque probablemente de todas las expresiones y lenguajes culturales contemporáneos, desde mi punto de vista la que mejor se asimila a la arquitectura es el cine, con las evidentes distancias que hacen de estos dos lenguajes dos expresiones diferentes. De eso ocupará este corto escrito que pretende desde textos diversos una mirada subjetiva a la ciudad y desde la ciudad de Pasto.

PASADO REPUBLICANO: CREACIÓN DESDE EL RITO

Pero para hacer esta aproximación crítica desde cuatro citas bibliográficas, aparentemente aleatorias pero escogidas con el objetivo de hacer miradas desde períodos singulares, no con el rigor historiográfico de la disciplina teórica, pero sí desde caracteres particulares de la espacialidad particular de la ciudad.

Justamente la primera cita tomada de la autobiografía científica de Aldo Rossi plantea una reflexión sobre la arquitectura y su manifestación o relación con la espacialidad, como acto creativo, y con el rito:

“Si tuviera que hablar de la Arquitectura, diría que es más bien un rito que un acto creativo; porqué conozco perfectamente las amarguras y el consuelo del rito. El rito nos consuela con la continuidad, con la repetición, nos obliga a oblicuos olvidos, porque pudiéndose desarrollar, cualquier cambio significaría su destrucción.”

Si bien es cierto desde el punto de vista espacial, la ciudad del siglo XIX arma un todo coherente -lo que hoy se desdibuja como su centro histórico-, que a pesar del paso del tiempo mantiene ciertos rasgos que evidencian, sino un desarrollo equilibrado y conexo con la realidad social, por lo menos un interés ético que se lee en los

atributos estéticos de su configuración: Calles y plazas y plazuelas articulando edificaciones singulares de índole civil o religiosa con arquitectura doméstica, manteniendo las referencias jerárquicas de una urdimbre en la que el tiempo da tregua sobre su edificación, sobre su maduración y creación colectiva.

Producto de una actitud ecléctica, las edificaciones singulares se construían sobre la referencia de modelos provenientes de Europa, y así mismo la vivienda partía de los referentes coherentes con el pensamiento republicano que armaba el ámbito de lo espacial en una ciudad que no rebasaba los 30.000 habitantes. (De 18.296 habitantes en el cantón de Pasto en 1835 a 37.000 en 1896)

La arquitectura y la construcción de la ciudad, el pensamiento espacial sobre la configuración de un pueblo fuertemente anclado en sus creencias religiosas y forzosamente dilatado de sus ideales realistas se figuraba más al rito que significaba configurar la calle, con la sapiencia de articular la vida privada con lo público.

Arquitectura como rito y no como creación, en palabras de Rossi, marcan espacialmente el armazón de un escenario cargado de creencias y costumbres referidas a la vida política de una nación por crear, de una iglesia consolidada en el poder económico y social.

Rossi Aldo. Autobiografía científica. Barcelona: Gustavo Gili, p.

El espacio como resultante material de las relaciones internas de la cultura garantizaba el consuelo de la continuidad y la repetición, frente a la amargura de quienes seguramente quisieran dar un paso más adelante, personajes influidos igualmente por las referencias, hasta este momento restringidas, de lo que se estaba desatando con el pensamiento de la modernidad proveniente del pensamiento europeo y norteamericano en la mitad del siglo XIX.

El consuelo de la continuidad y la repetición resulta ser un concepto coherente para el armazón espacial de lo que probablemente y desde el punto arquitectónico y urbano, resulte ser hoy lo más importante que se ha edificado en la historia de Pasto: La arquitectura y la ciudad Republicana. Calles en las que los gestores – proyectistas – dueños y los constructores – maestros - arquitectos de oficio, emprendían la ardua tarea contra el ego y en pos de la construcción colectiva; repetían los modelos contextualizando para cada caso específico una solución oportuna, y en las que lo doméstico generalizado se subyugaba a lo jerárquico del poder civil y religioso.

El rito garantiza la continuidad de la tradición, obstruyendo la creencia en la creación de un mundo diferente al que se conoce, al establecido, pero a su vez, nos obliga a oblicuos olvidos, olvido no sobre el pasado, sino sobre la fundación de nuevas ideas, basadas en la constatación de que la vida del hombre es creación y proyecto. Esta dicotomía conceptual y existencial de obligarse a oblicuos olvidos, resume probablemente una de las fuentes culturales más particulares sobre la identidad en este trozo de sur: la creencia y nostalgia por el pasado, pero a su vez, el desprecio y la vergüenza por la raíz.

Producto probable del señalamiento cultural de lo pastuso –si es que admitimos que existe una categoría cultural con esta identificación-, plantea la dualidad que sobre la arquitectura y el espacio de la ciudad republicana hasta hoy permanece: Una actitud de doble moral que por un lado valora y defiende el rasgo de la memoria, esa memoria que se ritualiza en la construcción de la ciudad, pero por otro lado un anhelo de cambio y mutación cultural que se manifiesta en la creación, análogamente compatible con el espíritu artesanal, y artístico de la identidad local.

Los oblicuos olvidos sobre la creación estancan el desarrollo, la mutación y el cambio, establecen un orden a partir del cual la garantía de la repetición se asegura, y en tanto que asegura la permanencia de los resultados, el control de los resultados, cualquier cambio significaría su destrucción. Esa polarización entre cambio y continuidad que a luz de la reflexión de Rossi, describe la actitud pastusa frente a la tradición y el desarrollo ha contribuido de gran manera a la desarticulación entre pasado y presente edificado de la ciu-

dad, a la rivalización entre la memoria y el “progreso” en un toma y dame en el que los antiguos devastadores de los rasgos de la memoria, después con otra actitud soberbia, señalarán a quienes optan por tal vertiente, olvidándose de su ambivalencia ético-histórica.

Esta ambivalencia continuará, pero encontrará un punto de articulación en el período de transición, que adaptará los progresivos aciertos de la nueva perspectiva de la arquitectura con la pausa facilitada por el letargo del desarrollo urbano de la primera mitad del siglo XX.

LA TRANSICIÓN Y SU AMBIVALENCIA ARTICULADA: UTOPIA Y FANTASÍA

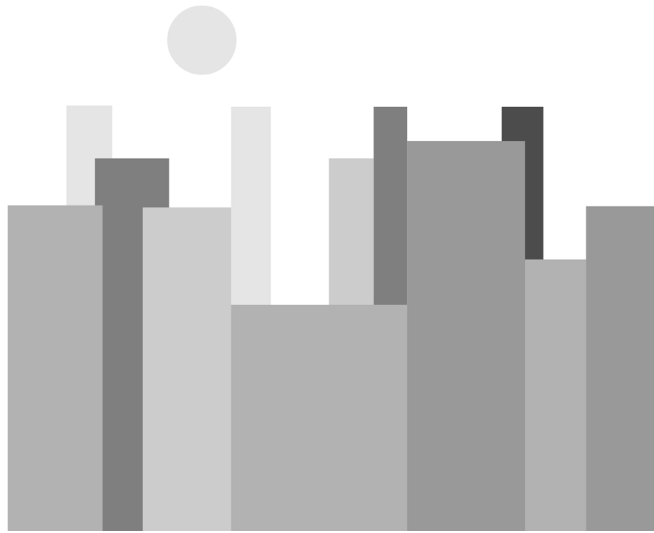
“Una sociedad que no apunta al cambio es decadente en lo intelectual y en sus estructuras. Esto equivale a decir que una sociedad sin utopías –que son la expresión de la voluntad de cambio- muestra la falta de dinámica, propia de la agonía del ente colectivo y da lugar a otras manifestaciones del individualismo y sus fantasías. La utopía con su intención social apunta a lo colectivo, la fantasía surge del punto de vista particular y de los objetivos y anhelos individuales”

Esta frase de Juan Carlos Pérgolis en Utopía Fantasía, nos da una idea de aproximada de la ciudad de inicios del siglo XX, idea que pervive hasta ya entrados los años 50, periodo de la segunda posguerra con implicaciones sobre todo desde el orden social y espacial, en las ciudades latinoamericanas como Pasto.

La ciudad del republicano, con el cambio de siglo, entra en una dinámica propia de las modificaciones político administrativas, con influencia del pensamiento moderno.

Los fenómenos urbanos que se registran en Pasto son particularmente demostrativos de un pensamiento utópico. De la cultura anquilosada pero queriendo dar un paso adelante, se mantiene la idea de una sociedad que apunta al cambio en sus estructuras. Inicialmente la arquitectura religiosa de los templos urbanos y la arquitectura doméstica, luego los molinos y edificios civiles alcanzan a darle el preámbulo a una cultura espacial que se transforma coherente con el pensamiento moderno. Más tarde los proyectos paradigmáticos del urbanismo –Avenida Santander, Escuela Normal, Parque Infantil, Hospitales, Escuelas, –expresando esa voluntad de cambio, mostrando una dinámica contraria a la propia de la agonía del ente colectivo que da lugar a otras manifestaciones del individualismo, y propiciando un pensamiento con intenciones que apuntan a lo colectivo de la ciudad.

Narváez Portilla, Silvia. Evolución urbana de San Juan de Pasto Siglo XIX. Pasto: Fondo Mixto de Cultura, 1997
Pérgolis Juan Carlos. Express. Universidad Católica de Colombia.



Ciudad que parte de un esquema capitalista primario, con claras intenciones de establecer un desarrollo progresivo con respeto por la memoria, pero a su vez, asumiendo esa voluntad de cambio desde una conciencia del conjunto, de la articulación de los diferentes actores, que se manifiestan en la espacialidad de la ciudad. De ahí que el espacio público haya significado tanto para la configuración cultural y por tanto, espacial de una ciudad con la firme intención de consolidarse afín al pensamiento moderno. Servicios e infraestructura modelada a partir de la calle, del parque, del equipamiento, del lugar de lo público como epicentro articulador en donde confluye lo privado, la expresión moderna de la individualidad.

Sin embargo, lo que con atributos sociales coherentes se fue manifestando en la ciudad de la primera mitad del siglo XX, desembocaría en la innegable desarticulación de las ideas cohesionadoras, para entrar en la fila de intereses especulativos que poco a poco se fueron expresando en el espacio de la ciudad hasta generar una ruptura con el desmoronamiento de lo público como escenario predilecto de lo colectivo.

Y si la arquitectura del Republicano nos legó una forma eficiente de asumir la construcción de la individualidad, -la arquitectura doméstica y los hechos urbanos singulares-, la ciudad de la transición nos deja un acervo de urbanismo, de entendimiento y construcción de la ciudad que responde a sus postulados colectivos y utópicos.

Utopía que posteriormente requería un reencauche, probablemente el propuesto por Collin Rowe y Koetter en la ciudad Collage, pero que quedó como punto de partida para que se introdujeran de manera definitiva los nuevos profesionales de la arquitectura provenientes de la herencia moderna para asumir la responsabilidad de una ciudad en notable crecimiento.

LA CIUDAD DE HOY: MODERNIDAD Y POSITIVISMO A ULTRANZA

“Lo que deja de tener presencia en la casa positivista es toda cultura material desplegada en la construcción del yo, cualquier atisbo de individualización del espacio, sustituido por la presencia autoritaria y fantasmagórica de otro que dirige invisiblemente sus puntos de conducta privada: el arquitecto moderno.”

El crecimiento demográfico aunado por los desplazamientos de población como resultado de la violencia bipartidista desde el 48, genera un fenómeno urbano de crecimiento sin precedentes.

Casa positivista análoga a ciudad positivista, ciudad del racionalismo maquinista – consumista que relega el papel no solamente instrumental sino reflexivo, proyectual y ético de una construcción cuya responsabilidad hasta este momento tenía un importante ingrediente colectivo, por el de sujetos que bajo presiones e intereses particulares irán acomodando el espacio a imagen y semejanza de lo que quieren.

Hay que aclarar que el maquinismo dentro de nuestro contexto, hay que asociarlo más que con la industrialización, con el efecto que esta produce sobre el consumo, planteándose así una relación y distancia entre los países industrializados y no industrializados, en los que en el contexto de lo global, se ven fuertemente influenciados por la tendencia a la expansión desde la perspectiva del consumo.

Maquinismo y consumismo en la ciudad de la segunda mitad del siglo XX, encajan en el concepto de construcción y configuración del espacio urbano de las ciudades en el mundo, en Latinoamérica y en Pasto particularmente, con matices que se pueden generalizar pero que encuentran su expresión particular en hechos singulares.

Lo que deja de tener presencia en la casa (ciudad) positivista es toda cultura material desplegada en la construcción del yo... En Pasto, desde la década de los 70 se empieza a construir un proyecto ciudad ajena que fluye de las relaciones del consumo y visualiza el trabajo del arquitecto como una condición evidente del poder financiero, perdiendo la capacidad de generar propuestas desde el carácter y cualidad local, por lo menos desde el aspecto urbano, como hasta ese momento se había trazado.

Ciudad que partiendo de modelos de la cultura europea, restringe la construcción de una memoria colectiva articulada con aspectos particulares del paisaje y de la cultura local.

La ajenidad, bien diferente a la otredad, se reconoce fácilmente en la ruptura del intersticio histórico espacial que se empieza a edificar para Pasto: de una ciudad articulada,

y a los que los ciudadanos se la apropian fácilmente, surge paralela una ciudad con arquitecturas agresivas que en su afán de protagonizar el espacio privilegiado de la escena política o social, sacrifican los rasgos alcanzados por la transición.

Deja de tener presencia el ciudadano como constructor de su entorno, hecho que desde el punto de partida de la reflexión heiddegeriana atisba el vacío con el que a partir de este momento, la ciudad se desestabiliza en el plano existencial y moral individual y colectivo.

Esto sumado al incremento demográfico y la expansión – Pasto pasa de tener 37.000 a 370.000 habitantes en 100 años, es decir 10 veces más -, fundamentan la propuesta consumista positivista análoga a la herencia maquinista de las ciudades europeas de la posguerra, le encaja perfectamente la ideología homogenizadora y arrasante de la propuesta moderna, pero en a escalas y tiempos irrisorios.

La arquitectura como producto de consumo, generan en poco tiempo una grieta que se refleja inequívocamente en la ciudad: Una ciudad cuyo centro histórico a finales de los 50 es declarado de interés patrimonial, visualizará perpleja su paradójica destrucción a partir de la llegada paulatina de cada vez nuevos arquitectos en la escena, y de manera paralela, asistirá a la devastación del entorno natural. “...cualquier atisbo de individualización del espacio, sustituido por la presencia autoritaria y fantasmagórica de otro que dirige invisiblemente sus puntos de conducta privada: el arquitecto moderno.”

Desde la coyuntura del mercado profesional, Pasto se acoge al programa positivista de la cultura espacial como un resultado inflexible frente a las propuestas externas a través de modelos de la nueva ciudad condensados en paradigmas de la ciudad del consumo como por ejemplo los conjuntos cerrados.

Plaza de Nariño - Banco Popular - Gobernación de Nariño



Tanto el conjunto cerrado como el centro comercial con el criterio de la seguridad, sustituyen la presencia pública urbana de la ciudad por la presencia autoritaria y fantasmagórica. La ciudad no se vive en estos reductos privados, allá no va a vivir la comunidad, van los individuos aislados, como lo anota Pégolis en La ciudad de todos, sino que son individuos en lugares privados en donde se restringe toda presencia aleatoria que da vida a lo colectivo. La restricción del paso, la discriminación y la “reserva del derecho de admisión”, desembocan en la restricción arbitraria de la vida colectiva, dirigiendo invisiblemente la vida pública de la ciudad hacia conductas manipulada desde sus puntos de conducta privada.

El arquitecto de la construcción de la ciudad de Pasto de la segunda mitad del siglo XX, como el arquitecto moderno, asume la moralidad del positivismo, negando el derecho de la construcción del yo en base a las iniciativas propias del entorno y el contexto social. Aún más crítico, no es solo el arquitecto, sino las diferentes manifestaciones del poder administrativo, político, burocrático y económico quienes imponen una moralidad “correcta”, un funcionalismo y optimización “eficiente”, deteriorando las calidades y motivaciones personales subyugadas por las realidades objetivas del mercado que se van manifestando en el espacio y el territorio.

La apreciación de Otl Aicher para hacer un paralelo entre las reglas del mercado y la relación con las disciplinas creativas reproduce nuevamente la presencia autoritaria y fantasmagórica de otro que dirige invisiblemente sus puntos de conducta privada, conducta que asumen frecuentemente los gremios, las asociaciones, las escuelas, el estado en general que en el campo de la política burocrática en la que se mueven nuestras ciudades reproducen el modelo establecido: “Para llegar a ese futuro de progreso es necesario subsumir al individuo... en la unidad de todo, y de todos, debe capitular de pensar ante lo existente, eliminar la función crítica y entregarse a las pautas impuestas por la industrialización (consumo) y el positivismo, ideología superadora de la filosofía y filosofía única y definitiva para un nuevo mundo. Este sujeto no es otro que el hombre-tipo lecorbusierano, la familia tipo estadística, ese constructo mental que permitió a los arquitectos ortodoxos objetivar su comportamiento social y cuantificarlo en aquella experiencia casi delirante que fue el Existenzminimum.”

Esta ciudad “moralidad” se puede resumir en la gestación de dos hechos urbanos recientes, de importante significado que nos permitirían resumir el desarrollo de la ciudad espacialmente bajo un mismo título: Pasto una ciudad entre un estadio y una plaza, título a modo de reflexión que merece profundizarse, pero que para efectos de lo que nos ocupa hoy, resulta especial y rápidamente paradigmático: Un estadio, el

de la “pastusidad”, monumento no tanto de la desidia y falta de gestión administrativa, como de los juegos y conflictos de las coyunturas administrativas y burocráticas y los intereses políticos de los gobernantes, sustraídos del motivo colectivo de la ciudad: los ciudadanos y en los que el poder se juega con el sacrificio de la ciudad.

Una plaza, la del Carnaval, que surge y se ejecuta a pesar de las inconsistencias y vacíos frente a su necesidad y planificación, como resultado de las coyunturas económicas, surgidas de las dinámicas de la política, y resultado de los afanes del poder para protagonizar y escalar jerarquías.

Dos ejemplos uno abandonado, otro terminado pero que igual en los dos la construcción del yo colectivo de la ciudad como lugar común es sustituido por la presencia autoritaria y fantasmagórica de otro que dirige invisiblemente sus puntos de conducta privada: en este caso no por el arquitecto moderno específicamente como en la cita de Ábalos, sino por el aparato burocrático administrador, que ve en la intervención física la forma de trascender para obtener protagonismo.

La maltrecha relación entre el arquitecto y la ciudad de la segunda mitad del siglo XX, configura un resultado de ciudad desordenada, ajena, especulativa, restringida, segmentada, que ni siquiera es propicia para el entendimiento desde el Collage urbano propuesto por Rowe y Koeter.

La fascinación por las imágenes protagónicas del mercado, sacrifican toda creación alterna frente a las posibilidades culturales locales para regenerar el aspecto espacial de la ciudad y en las hendiduras físicas de la ciudad se manifiestan las hendiduras administrativas, políticas y sociales en general del colectivo de ciudadanos que la configuran.

Esa construcción del yo colectivo, del yo ciudad, ha sido frecuentemente agredido por el ego político administrativo social en el que los arquitectos se han vuelto protagonistas. Desaparición y tala paulatina de árboles y zonas verdes sustentados en criterios copiados de acciones administrativas con éxito político de otros lados, implementación de proyectos coyunturales sin el respaldo de políticas coherentes y articuladas a proyectos surgidos de las iniciativas colectivas, y en general desconocimiento total de las realidades locales que espacialmente reflejan un clima de incertidumbre ciudadana mientras la ciudad se sale de las manos.

Entre tanto, se abren dos escuelas de arquitectura, que persiguen la proposición de nuevos espacios de discusión, que más que saturar la población profesional, plantean repensar formas de asumir la ciudad desde la arquitectura.

5) Pégolis Juan Carlos. La ciudad de Todos. Magazin Dominical, El Espectador, No 410. Marzo de 1991.

6) Aicher Otl. El mundo como proyecto. Barcelona: Gustavo Gili.

7) Collin Rowe, Koeter. Ciudad Collage. Barcelona: Gustavo Gili

8) Ibid. Nota 3



Pero su fin queda truncado en las leyes del mercado, pues no se ven claras las perspectivas de arquitectos conscientes en un entorno de inconciencia.

El papel de la creación, distante de la del rito en cuanto a nueva fundación del mundo se puede resumir en estas palabras de Otl Aicher : “La arquitectura no puede administrarse. La creatividad es la ruptura de la entropía social, del uniforme término medio que produce toda regulación. Quien acepta la tendencia niveladora de la administración y opera sujeto a su aparato, niega el principio de que el acto de crear significa perturbar la paz de lo generalizado y vencer la tendencia a la nivelación y el equilibrio.”(9)

Tarea por hacer, todavía con soporosos frágiles y distraídos.

PERSPECTIVAS DESDE LA MEMORIA: ALREDEDOR DE LA MORADA DE AURELIO ARTURO

Perspectivas para hallar un camino cultural hacia el reconocimiento de la identidad. Formas en defensa del patrimonio no solamente arquitectónico. Expresiones en búsqueda de una identidad de arquitectura propia.

Todas estas inquietudes surgen de una actitud moralista que parte de la homogenización y control de lo que probablemente está por venir, pero restringe desde su chauvinismo lo que seguramente exige expresiones de tipo colectivo e individual que surjan de una conciencia del ser humano universal.

Lo que se ha producido en la arquitectura y en la ciudad de Pasto, lo que vemos hoy a nuestros ojos, es el resultado de lo que hemos buscado como ciudadanos. Parodiando el eslogan de las administraciones pasadas, Pasto no es una ciudad que merece respeto, sino más bien una ciudad que tiene lo que se merece.

Y tiene lo que se merece justamente por la actitud de las administraciones que la han dirigido, de los ciudadanos que la han configurado, de los intereses que se han gestado y manifestado en su espacio cultural y natural, en últimas no hay vuelta atrás, eso es Pasto, la que vemos, la que caminamos, la que añoramos en la distancia pero que a su vez en la cotidianidad padecemos.

(9) Bachelard, Gastón. La poética del espacio. México: Fondo de Cultura

Quisiera plantear lo que parece ser un exabrupto, con una aproximación hacia las perspectivas posibles de aquí en adelante sobre la arquitectura y la ciudad de Pasto a través de los versos de Aurelio Arturo: exabrupto tanto con Aurelio al pretender solicitar de su poética elementos de juicio para vislumbrar la arquitectura en Pasto, y exabrupto con la arquitectura por el hecho de referenciar la espacialidad con un verso que no trata específicamente con la ciudad de Pasto, pero lo que se quiere es reivindicar el valor local de la poética de Arturo para asimilarla a las probabilidades creativas que sugiere la arquitectura siguiendo los parámetros marcados por la fenomenología de Bachelard: “El espacio captado por la imaginación, no pude seguir siendo el espacio entregado a la medida y la reflexión de geómetra.”

Canta Aurelio en su *Morada al sur*, que desde su misma génesis plantea la asociación espacial con el lugar- su poética, una oda a estas tierras desde el habitar como morada, en la que en términos de Heidegger subyace el construir, el mensaje o la misión del arquitecto, es decir, Arturo visto desde el título de su canto, refrenda su propuesta proyectual, la del poeta fundado el mundo, reconstruyéndolo a partir de su comprensión, para morarlo, para establecer vínculos existenciales a través de su acción de habitar y por tanto de su construcción. Pero vamos a los siguientes versos puntuales de la *Morada al sur*:

“El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes...”

Veamos la reflexión: el viento viene, como el agente externo universal, cósmico, que llega y permea los hechos singulares de cada lugar, locales, particulares; se detiene y duda ante las puertas grandes: lo universal se detiene y duda en el umbral firme por la fortaleza de su raigambre para entrar a la particularidad, a la casa.

El umbral como el intersticio de paso de lo exterior a lo interior: Lo universal duda ante la fortaleza de la particularidad, de lo local.

El viento que viene de fuera duda ante una presencia tectónica que arma un manto entre lo desconocido y lo conocido; la puerta, presencia de la arquitectura, una arquitectura que se figura la morada más extensa, la del sur.

Un viento cargado de vivencias universales se detiene y duda ante las puertas, grandes, se detiene y no se introduce: el viento tan voluble, fluido y amplio, capaz de traspasar los tiempos y los espacios de la universalidad, detenido por la fortaleza de la puerta, tan material y aparentemente traspasable por el viento.

Una puerta que además se abre a los espacios de la interioridad, los que permiten la familiaridad, la identidad, la relación con lo conocido, lo ritualizado de la morada; ...abiertas a las salas, a los patios, a los trojes: mixtura de espacios planeados desde la tipología del patio central, pero en donde se condensa la dualidad de la espacialidad regional, entre lo urbano y lo rural: Las salas, los espacios de la socialización de la vida urbana, espacio para el intercambio que se muta a través de agregaciones o fraccionamientos a la realidad urbana provincial; y los trojes, polaridad de lo rural: depósito de granos, herramientas o materiales propios de la labor rural, urdidos a partir del patio, urbano y rural.

Todas estas imágenes están adosadas a las imágenes apacibles de la casa rural del poeta, la que inspira sus versos, la casa de su familia: “en esa casa sintió para siempre la presencia invisible de los antepasados, sintió que el pasado, hondo en rostros y en hechos, le da forma y dignidad a las moradas del hombre” según las palabras del poeta William Ospina.

Y continúa Arturo:

“Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
Es un maduro gajo de fragantes nostalgias:”

El poder natural, cósmico, incontrolable del viento es subyugado y detenido por la gran puerta que se abre a local e íntimo, apaciguándolo hasta dormirse, hasta detener su curso, hasta culminar su fenómeno en espera de nuevas vicisitudes que le provea el portal, el viejo portal, vetusto y sabio, memoria consolidada de un largo curso vital en el que el sol, la lluvia y el viento, el cielo en el cuádruplo heideggeriano, ha acrisolado la experiencia que se vuelve silencio y sabiduría.

Ese portal de la memoria espacial, ese umbral que es un maduro gajo de fragantes nostalgias, memoria y rito frescos, vitales, vigentes, que por su existencia histórica proyectada hacia el presente mantiene fragantes los aromas de la nostalgia, del pasado como huella del rito que la configuró. Entonces es umbral también del tiempo a manera de intersticio que articula la memoria y la historia con la morada actual.

El espacio del patio que articula la morada en sus partes, recibe la horda de todos los agentes naturales, a excepción del viento que se deposita en el umbral; pero de toda la conjunción, el sol y sus rayos luminosos y calurosos solo da tregua en la morada, bajo el cobijo y sombra que protege el mundo cultural -el del hombre- del mundo natural. La arquitectura surgiendo de la naturaleza para ser protección del hombre...

(10) Arturo Aurelio, *Morada al sur* y otros poemas. Bogotá: Procultura. Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986Económica.

“No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
Se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viento tiene un tic tac profundo,
Al sur el curvo viento trae franjas de aroma.”

La rudeza natural a la que la arquitectura debe su esencia en esa construcción producto de las realidades del hombre, manifiesta y conjura la eterna dualidad entre lo mundano y lo omnipotente, lo mortal y lo divino unida esta vez gracias al encantamiento de la imaginación y del anhelo que se figuran halos nostálgicos, pero que a veces no pasan de ser simplemente eso, nostálgicos.

El resultado en la espacialidad está allí: un centro histórico declarado del cual solo quedan las imágenes fragmentadas, casi incoherentes, sin unidad, que se sumerge en una realidad moderna: la del poder de la especulación del suelo, del capital y del consumo. Edificios ocupados por negocios coyunturales que buscan en su eventualidad la rentabilidad sacrificando la memoria, incluso con maquillajes nostálgicos que juegan al presente y al pasado como queriendo redimir el rito sin perder la creación.

Por otro lado, en la ciudad en proceso de consolidación, una anarquía hacia lo público, hacia el encuentro fuera de la intimidad conjurada por sistemas de movilidad arcaicos y equipamientos obsoletos que cumplen apenas una función instrumental sin detenerse en las cualidades de una perspec-

tiva ciudadana más allá de la operatividad de la vida, sin el disfrute de la ciudad.

Ciudad en la que el espacio natural, el equilibrio ambiental, se ha sometido violentamente por la imposición desairada de un constructo humano distanciado del origen natural.

Y por último una periferia cada vez más en proceso de desintegración con intrusión abrupta sobre los valores de identidad rural que todavía persisten, alterando ecosistemas humanos que se tugarizan y violentan armando un híbrido cuya respuesta no puede ser otra que el enfrentamiento violento de dos realidades en el que la ley del más fuerte, al que el poder mediático respalda, prevalece.

Remata Arturo el verso con una formulación interpretativa que si bien es cierto describe la innegable realidad de la aculturación, renueva la posibilidad de recrear el mundo, como una ventana abierta, con la revisión permanente de lo que está por venir:

Y si al norte el viento tiene un tic tac profundo,
Al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

El norte entendido desde la faceta de la vida del poeta en la capital, en cuya casa modesta la muerte le alcanzaría. Pero ese norte que no se puede restringir a un espacio concreto, Bogotá, sino sobre el que se debe ampliar su significación

Atardecer en Pasto - JMF



con lo que representaba: el espacio de la universalidad cosmopolita, del capitalismo y consumismo a ultranza, el de la sediciosa aristocracia política y la empobrecida aristocracia cultural; frente a la apacible imagen de Nariño, esta tierra que sin ser idílica, se aproximaba a un cierto ideal de la vida en la naturaleza que ya parece definitivamente perdido para los habitantes del norte de aquí y de allá.

Ese contraste entre el destino humano, que adecua los elementos a las necesidades de la vida social, y el turbulento oleaje de la vida silvestre que se ahondaba en valles y bosques hacia ese mundo distante y extraño que habría de ser, años después, el mundo del poeta tiene una ineludible connotación dual que se manifiesta en el fenómeno de la naturaleza, el viento, el que se duerme ante la inmanencia del tiempo y la memoria en el portal.

El viento del norte, marcado por el tic tac profundo, exacto, racionalmente medido, acartonadamente positivista, objetivamente internacional, y también ampliamente cosmopolita y liberalmente holístico; frente al del sur, el del curvo viento que trae franjas de aroma: tiempo que se dilata, se vuelve orgánico y voluble, fluido hasta el punto de perderse en la fluidez, haciéndose uno con el todo, sin querer luchar por nada, simplemente siendo en su esencia con las cosas, reivindicando el fenómeno, la construcción del individuo sobre la base del disfrute y la mezcla con la naturaleza.

Frente a esta aproximación y consientes de la realidad globalizadora que acoge los estamentos de la vida cotidiana quisiera dejar una pregunta, no para resolver, simplemente para indagar desde la construcción de la espacialidad, desde la arquitectura y desde la ciudad a partir de este perfil posthumanista del ser humano trazado por Ábalos:

“El hombre ya no es un individuo libre y central que crea y construye a su imagen y semejanza: es un producto social, funcional a determinadas relaciones de poder, cuyas pautas de comportamiento están sometidas a vigilancia. No existe ya armonía entre cuerpo y razón. El cuerpo ha sido “reificado”, cosificado, convertido en objeto, incapaz de toda acción individual ajena a las necesidades del Estado. El sujeto no es ya un productor individual de significado sino mas bien un conglomerado heterogéneo, con perfiles borrosos, un movimiento...”

La pregunta es: ¿Es posible una articulación de la realidad heterogénea y globalizante del ciudadano del siglo XXI, con la vida particular de una ciudad como Pasto desde la particularidad y la universalidad, para vivir la ciudad, para sentir la ciudad, para disfrutar de la ciudad? La respuesta no es una sola, la pregunta nos lleva a diversas indagaciones, como la de Calvino en las ciudades invisibles:

“El infierno de los vivos no es algo que será; Hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.”

BIBLIOGRAFÍA

- Ábalos Iñiqui. La Buena Vida. ED. Gustavo Gilí. Barcelona 2000
- Aicher Otl. El mundo como proyecto. Ed. Gustavo Gilí. Barcelona
- Arturo Aurelio. Morada al sur y otros poemas. Procultura. Nueva biblioteca colombiana de cultura. 1986
- Bachelard, Gastón. La poética del espacio. Fondo de Cultura económica. México 1990
- Calvino Italo. Las ciudades invisibles. Editorial ciruela. Buenos Aires.
- Collin Rowe, y Koeter. Ciudad Collage. Ed. Gustavo Gilí. Barcelona
- Narváz Portilla Silvia. Evolución urbana de San Juan de Pasto Siglo XIX. Fondo Mixto de Cultura. Nariño 1997
- Pérgolis Juan Carlos. Express. Universidad Católica de Colombia.
- Fonseca González Jaime Alberto. Escenarios de fe. Peregrinación arquitectónica por el Valle de Atriz. Editorial Universitaria Universidad de Nariño. Pasto 2006
- Rossi Aldo. Autobiografía científica. Ed. Gustavo Gilí. Barcelona. 1988